

LA MUJER DISCÍPULA NEOTESTAMENTARIA

Elizabeth Bazán Gayoso*

RESUMEN

Jesús consideró a las mujeres como integrantes del círculo de sus discípulos, partícipes del reino que se iniciaba, formando una comunidad de iguales. Ellas tuvieron un papel protagónico en la Iglesia de los inicios como discípulas, testigos, misioneras, maestras, profetisas colaboradoras y apóstoles. Presidían las ekklesías, iglesias hogar, como mujeres- ministros. Algunas mujeres se destacan en Hechos de los Apóstoles y en cartas de Pablo.

PALABRAS CLAVE:

Mujer. Discípula neotestamentaria. Jesús. Ekklesías.

WOMAN: NEOTESTAMENTARY DISCIPLE

ABSTRACT

Jesus considered women as part of His circle of disciples, participants of the Kingdom of God which was beginning, and building up a community of peers. They had a protagonic role in the beginnings of the Church as disciples, witnesses, missionaries, teachers, prophetesses, collaborators, and apostles. They presided over the «ekkklesias», church-homes, as women, ministers of the Church. Some women outstand in «Deeds of the Apostles», and in «Letters of Paul».

KEY WORDS:

Woman. Neotestamentary Disciple. Jesus. Ekklesías.

INTRODUCCIÓN

Esta investigación pretende ser una aproximación al lugar que tuvieron las mujeres en la misión de Jesús, cuando estuvieron con él y posteriormente a la Ascensión en la formación de la Iglesia de los

primeros tiempos, mostrando su protagonismo en el anuncio de la Buena Nueva como discípulas, testigos, misioneras, maestras, colaboradoras y apóstoles.

Redescubrir a la mujer como discípula de Jesús, por su seguimiento y servicio,

* Religiosa del Sagrado Corazón. Bachiller y Licenciada en Humanidades. Doctora en Educación por la Universidad Femenina del Sagrado Corazón. Docente del Departamento de Filosofía y Teología en la UNIFÉ. Actualmente es Coordinadora del Programa de Doctorado en Educación de esta misma Casa de Estudios.

será para los jóvenes hombres y mujeres un impulso de esperanza y nueva energía en el Espíritu, porque reconocerán que tienen un lugar en el Corazón de Cristo, totalmente involucrado en la vida de la humanidad. Descubrirán así que la búsqueda de espacio para expresar sus deseos, sus esperanzas y aportar sus iniciativas a favor del Reino, entran en el proyecto de Jesús, proyecto que se encarna en cada uno, individual y comunitariamente.

Los patrones culturales del contexto y época, consideraban a la mujer como de segunda categoría. En el mundo judío había un sistema de discriminación: las mujeres, los pobres y los enfermos eran excluidos por ser vistos como «impuros». También eran excluidos los habitantes de las zonas rurales y los galileos (por ser «heterodoxos»). Pero Jesús, ayer y hoy, manifiesta con sus palabras, gestos y relaciones que todos somos hermanos con un mismo Padre (Dios), y que debemos amar al prójimo, más allá de la diferencias, reconociéndonos como iguales. Jesús rompe el esquema de relaciones sociales imperante, anuncia que trae la salvación para todos. Y justamente los pobres y las mujeres tienen una relación directa e inmediata con El.

Mercedes Navarro (1998, p.486) cita una sentencia de Johnson plenamente esclarecedora: «*Estas Buenas Nuevas se restringen cuando la personalidad masculina de Jesús se interpreta como esencial para su función e identidad crísticas redentoras*». Sin embargo, la Iglesia de los comienzos, la comunidad de hermanos, se va formando alrededor de la Eucaristía, en el compartir del Pan, donde la mujer acoge, preside, enseña, colabora, labra este espacio en su casa, y el calor del hogar y el amor fraterno se fusionan en esta nueva creación día a día.

El fundamento teológico en el que se sustenta esta presentación es que el hom-

bre y la mujer tienen el mismo lugar, privilegio y posición en el orden de la creación y de la salvación; porque el hombre y la mujer han sido creados «a imagen y semejanza de Dios», del Dios comunión, Amor, en el que la unidad es plenitud y una tarea existencial. El Verbo se encarnó en la humanidad, la misma personalidad integrada de Jesús lo expresa. Su plan de salvación, para hombres y mujeres, es universal. Su vida, su relación recíproca con la mujer y la inclusión de ella en su Misión, testimonian y proclaman el sentido profundo de este misterio de unidad de vida.

Las fuentes de este trabajo son los Evangelios, Hechos de los Apóstoles, Cartas consideradas propias de Pablo, la Didaché, Padres Apostólicos y diversos estudios teológicos realizados por mujeres y varones.

Finalmente el propósito de la investigación es abordar el tema de la mujer en el contexto histórico de Jesús, la conciencia nueva que va adquiriendo de sí misma a partir de la actitud que él muestra hacia ella, así como su participación en el discipulado y su protagonismo en las primeras comunidades cristianas. Es decir, este trabajo es un intento de comprensión sobre la actuación de la mujer en el Misterio de la salvación y su presencia proactiva ante su fe. Se presentan además algunos perfiles de mujeres que destacan en Hechos de los Apóstoles y en Cartas de Pablo; se busca responder a la pregunta por qué empieza a desaparecer el rol ministerial de la mujer cristiana y culmina con el reconocimiento del discipulado de la mujer que desde la fecundidad del silencio, encarna la fe en la vida.

I. La mujer en el contexto histórico de Jesús

La estructura social judía era predominantemente masculina, la mujer dependía

del varón, tanto en la legislación hebrea (Levítico) como en la legislación romana. Ella podía ser repudiada con cualquier pretexto (Mc. 10, 1-12). Se la consideraba responsable del pecado y de la muerte de la humanidad (Eclo35, 24). La relación varón-mujer era asimétrica, ella era posesión del varón y él su único respaldo; si quedaba viuda estaba expuesta a ser privada de todo derecho (Lc. 18, 1-9). Tenía que andar cubierta para no seducir al varón y evitar el trato afectivo para no ser tentación. Legalmente solo era hija o esposa. Los judíos daban gracias a Dios cada día por no ser mujer, por no ser niño y por no ser extranjero, lo que nos indica hasta qué punto era considerada un ser débil e inferior.

El exigir que la mujer cubra su rostro era, además, un «ocultamiento de su identidad personal», una práctica que a la vez impone una identidad minusvalorada que muchas mujeres interiorizan al reiterar.

Llama la atención también la diferencia de trato para con el viudo y la viuda. El viudo era aceptado socialmente y se le buscaba una nueva pareja con cierta celeridad. La viuda, en cambio, caía en el rubro de los pobres y marginados.

En el mundo griego, en *La Política* de Aristóteles, las mujeres se encuentran completamente recluidas al mundo del hogar, donde se encuentran sometidas al poder del *paterfamilias*. Al igual que los hijos y los esclavos, son consideradas «su propiedad» y por lo tanto no son seres libres, no tienen vida política (no participan de la conducción de la polis).

Cabe señalar, puesto que el cristianismo después se va a expandir, que en Atenas la mujer llega a plena libertad e independencia, y en Roma generalmente la mujer es más preparada que el hombre; «la matrona» es mujer respetable, influyente,

formada intelectualmente, goza de cierta autonomía jurídica y moral, aunque no siempre pueda conservar sus derechos.

La condición de la mujer judía era pues de inferioridad, mas Dios proyectaba para ellas posibilidades nuevas. Una mujer sencilla de un pueblo tenido a menos como Galilea es la elegida para ser Madre del Verbo hecho Hombre. Y este verbo Encarnado mirará a las mujeres desde el corazón y les descubrirá su belleza, su dignidad y su lugar en el Proyecto de Amor del Padre.

II. Hacia una conciencia nueva de sí misma

2.1. Actitud de Jesús hacia la mujer.

«Cristo fue ante sus contemporáneos el promotor de la verdadera dignidad de la mujer y de la vocación correspondiente a esta dignidad. A veces esto provocaba estupor, sorpresa, incluso llegaba hasta el límite del escándalo. «Se sorprendían de que hablara con una mujer» (Jn 4, 27) porque este comportamiento era diverso del de los israelitas de su tiempo.» (Juan Pablo II, 1988, p.50)

En medio de una sociedad judía con prejuicios y estereotipos hacia las mujeres, Jesús puso en marcha la Iglesia con un símbolo profético, claro, que evidenciaba el Nuevo Reino de Dios integrando en su círculo de discípulos a las mujeres. Ciertamente que Jesús eligió libremente a doce varones para formar el grupo de sus discípulos, y la explicación está en el respeto a la tradición de su pueblo para significar el nuevo Israel y las doce tribus, más las mujeres eran aceptadas y acogidas en ese círculo de seguidores, amigos y discípulos.

En el contexto teológico redescubrimos situaciones de dignificación de la mujer. Así Lucas, ante una ley que oprime a la mujer, ubica la presencia del Reino como experiencia de liberación y reconocimiento

to que la humaniza: «Ponte de pie» es su palabra a la mujer encorvada (Lc. 13, 10-17). Ella representa el peso de una opresión alimentada desde el templo, desde el culto, desde el símbolo del sábado ante el cual, el hombre y la mujer, estaban sometidos. La mujer «se puso derecha». Con su cuerpo erguido da gloria a Dios, recupera su dignidad. El Reino se hace presente en ella. Tenemos igualmente, en el contexto de la misión de Jesús en Cafarnaúm, la curación de la suegra de Pedro. Jesús la saca de su limitación, del retraimiento de la enfermedad para situarla en el servicio, en la vida y el seguimiento.

Es muy significativa la relación liberadora de Jesús con la sirofenicia, mujer griega perteneciente a la clase dominante de la sociedad pagana, y el valor simbólico de este encuentro de Jesús con los paganos (Mc. 7, 24-3). Teodora Corral en su libro *Con ojos de Mujer*, nos dice que dada la condición de esta mujer, ella acoge el mensaje en su hondura, vive en sí misma el alcance de la opresión de los débiles que su sociedad impone y más bien flexibiliza su postura, como lo ha hecho Jesús con ella. Tal vez representa la difusión del mensaje por el Mediterráneo. (1998, p. 77).

Juan nos presenta a la mujer Samaritana en el contexto pascual (Jn 4, 4-26). La mujer impura desde su misma esencia de mujer, además samaritana, originaria de la región mal vista, despreciada por los judíos y con una vida marital inestable y cuestionada. Si la mujer, de por sí, ocupa una posición social baja en la sociedad Judía, la prostituta se encuentra en un nivel aún inferior con dos impurezas a cuestas: es mujer y es prostituta. Precisamente ella es elegida como mediación salvífica para su pueblo: «se convierte en «discípula» de Cristo(...), de modo que también ellos lo acogen con fe. Es éste un acontecimiento insólito si se tiene en cuenta el modo usual con que trataban a las mujeres los que ense-

ñaban en Israel; pero, en el modo de actuar de Jesús de Nazaret un hecho semejante es normal» (Juan Pablo II, 1988, p.61)

La samaritana vive la experiencia de una relación nueva como mujer. Esta nueva relación es horizontal y recíproca con Dios y los demás. Nunca la habían tratado así. Jesús le revela el culto nuevo, adorar a Dios en «espíritu y en verdad», que brota de los sentimientos y modos únicos de actuar del Maestro. Se manifiesta en gratuidad a la que tiene sed y le comparte su misión. «*Así resulta que la despreciada por la raíz, el culto, por las esperanzas más fuertes, la mujer que no ha contado nunca en las decisiones sociales, culturales o nacionalistas, recibe la revelación nueva que posibilita modos nuevos de ver a la persona, de celebrar la fe o de mantener los anhelos vivos.*» (Corral, 1998. p.81)

También llama la atención la figura de la mujer adúltera a quien Jesús salva de la lapidación. Su actividad supone el encuentro con hombres, los cuales no son castigados por frecuentarla. Jesús no la condena como lo quieren hacer los demás. Reconoce que ha pecado, pero la perdona.

Jesús yuxtapone a la visión legalista una visión humanizadora, ubicando en el centro a la mujer. Ella debe ser tratada con justicia y no sometida a la arbitrariedad, no disminuida, sino dignificada. La mujer es digna más allá de cualquier acusación que, además, es injusta: adulterio castigado en la mujer y no en el hombre (Jn. 6, 1-11).

Jesús, más radical todavía, se atreve a decir que el Reino se parece a la mujer que mezcla la levadura...., que hace todo esfuerzo para encontrar la moneda perdida... El quehacer femenino es pues tomado por Jesús con aprecio y delicadeza: «*Lo dicho hasta ahora acerca de la actitud de Cristo en relación con la mujer, confirma y aclara en el Espíritu Santo la verdad sobre la igualdad de ambos* —

hombre y mujer—. Se debe hablar de una esencial «igualdad», pues al haber sido los dos —tanto la mujer como el hombre— creados a imagen y semejanza de Dios, ambos son, en la misma medida, susceptibles de la dádiva de la verdad divina y del amor en el Espíritu Santo. Los dos experimentan igualmente sus «visitas» salvíficas y santificantes». (Juan Pablo II, 1988, p.66)

2.2. Participación de la mujer en el discipulado de Jesús

Los evangelios no consignan con gestos significativos la elección de las mujeres, como en el caso que cita Jn, 1,35 llamando a los discípulos; pero es innegable la presencia y participación de las mujeres en el seguimiento a Jesús. Las mujeres que siguieron a Jesús supieron ser oyentes, dieron testimonio de su fe, y fueron valientes para ir más allá de prejuicios y prohibiciones legales de su tiempo (Lc. 8, 1-3; Jn. 4,5-30)

Los Evangelios dan testimonio del discipulado entrañable de Martha y María (Lc. 10,38-42) **«Marta —después de la muerte de Lázaro— se convierte en interlocutora de Cristo y habla acerca de las verdades más profundas de la revelación y de la fe.»** (Juan Pablo II, 1988, p.61).

Lucas (8, 1-3) nos presenta algunas mujeres que acompañan a Jesús: María la llamada Magdalena; Juana, casada con un no judío (esto sería un motivo de escándalo: caso de impureza, motivo de exclusión, que Jesús supera y acoge.) Susana, de la que nada se dice; y otras muchas formaban un grupo amplio, no sólo unas cuantas mujeres. Jesús las acepta, rompiendo esquemas. Algunas son mujeres que han accedido a la libertad interior y social, han pasado de la servidumbre a la libertad, al anuncio del reino y se han posicionado en él. En ellas se evidencia que el reino llegó y cambió lo viejo. Participar del grupo de discípulo-

los significa también participar del Reino que se está iniciando: las mujeres participan del Reino.

Las mujeres seguían y servían a Jesús, algunas tenían dinero, así se piensa que Susana era del entorno de Herodes. Siendo 'seguir' y 'servir' los dos verbos que caracterizan al discípulo, se puede concluir, sin temor a equivocarse, que las mujeres que seguían a Jesús **respondían a la definición de los verdaderos discípulos.**

Lo acompañaban en sus peregrinaciones con los apóstoles por las ciudades y los pueblos anunciando el Evangelio del Reino de Dios; algunas de ellas «le asistían con sus bienes». Entre éstas, Juana, mujer del administrador de Herodes, Susana y «otras muchas» (Lc. 8, 1-3).

Entonces, como hoy, el sufrimiento es la experiencia más cercana y cotidiana, que marca la condición y el ser del creyente. Permanecer junto a la cruz y al dolor de los hermanos es la verificación del seguimiento real, del discipulado de Jesús, y es lo que hacen las mujeres de su entorno. Lo acompañan en la pasión y están al pie de la cruz (Lc. 23,27-31 y Jn. 19,25-28). Allí están María de Magdala, otras mujeres y María Madre de Jesús. Hasta el siglo IV se reconocía que las mujeres participaron en la Última Cena (cfr. Tunc, 1999, p. 237).

Las mujeres son las primeras en llegar al sepulcro y lo encuentran vacío. Son las primeras que oyen: «No está aquí, ha resucitado como lo había anunciado» (Mt 28, 6). Son las primeras en abrazarle los pies (cf. Mt 28, 9), en ser llamadas a anunciar esta verdad a los apóstoles (Mt 28, 1-10; Lc 24, 8-11). El Evangelio de Juan (también Mc 16, 9) explicita el papel especial de María de Magdala. **«Es la primera que encuentra a Cristo resucitado, por esto ha sido llamada «la apóstol de los apóstoles».** (38) **Antes que los apóstoles, María de Magdala fue testigo ocular de Cristo resucitado,**

y por esta razón fue también la primera en dar testimonio de él ante los apóstoles(. . .) «Puede decirse que de esta manera se han cumplido las palabras del Profeta: «Yo derramaré mi espíritu en toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán» (II 3, 1). Al cumplirse los cincuenta días de la resurrección de Cristo, estas palabras encuentran una vez más confirmación en el cenáculo de Jerusalén, con la venida del Espíritu Santo, el Paráclito (Act 2, 17).» (Juan Pablo II, 1988, p.65)

Hechos 1, 21-22 señala los requisitos para ser considerado apóstol de Jesús cuando se busca quién ocupe el lugar de Judas: «Haber acompañado al grupo de los Doce todo el tiempo que Jesús estuvo con ellos hasta que subió al cielo para que junto con los Doce dé testimonio de que Jesús Resucitó.»

En María Magdalena estos requisitos se aplican indudablemente. Ella es símbolo no solo del discípulo creyente, sino especialmente de la nueva comunidad que ha surgido de nuevos planteamientos. Ella supera su raíz judía y se adhiere tanto a la persona de Jesús como al Reino por él anunciado. (Corral, 1998)

Es la mujer amiga y apóstol que ha logrado comprender al Maestro, superar miedos y prejuicios y lanzarse con valor a hacer el anuncio del *kerigma*. Mc 16, 9-11 presenta explícitamente el anuncio pascual de Magdalena a los Doce. Juan 20, 17-18 la presenta como portadora del mensaje mismo de la resurrección; es la primera que anuncia el *kerigma*. Es innegable la elección que hace de ella el Señor. Por Él ha sido enviada como misionera y profeta.¹

Para Jesús el discípulo/discípula es el amigo/a. Las mujeres que siguieron a Jesús eran sus amigas, tuvieron una relación personal con él y, como en el caso de los varones, fue diversa la calidad de su relación y cercanía. Vivieron el cariño, la alegría de escucharle, de entender sus gestos, de sentir los deseos de su corazón, de admirar su impresionante personalidad, a quien le dolía la injusticia y el sufrimiento humano, transparentaba sabiduría, energía, clarísima orientación al querer del Padre, ternura, libertad de expresión de su cuerpo. Estas mujeres sintonizaron con la sensibilidad de Jesús para descubrir la belleza de la naturaleza, de lo sencillo y cotidiano, entendieron su corazón que amaba gratuitamente y se dejaba amar.

Es propio de la amistad acompañar hasta el final al amigo, y las mujeres así lo hicieron. Pusieron su confianza en el Dios de quien Jesús les habló; no se detuvieron ante la evidencia de la muerte y del fracaso; aprendieron a creer, esperar y amar. María, la madre de Jesús, y las mujeres sencillas apostaron por la vida y no fueron defraudadas. Perseverantes y compasivas estuvieron allí al atardecer delante de la Cruz y en el amanecer de la Resurrección.

Javier Quinzá (2002 p. 138-140) hablando de la amistad con Jesús dice que la primera manera de amistad es entrar en la *órbita de su Voluntad*, la segunda, entrar en la *órbita de su Modo de vida*, de sus modos de ser, de estar y de actuar; y la tercera, entrar en la *órbita de la Intimidad*, amistad propiamente dicha, no quedarse atrás ni detenerse, es lo propio de estas mujeres.

¹ se la ha identificado con la mujer pecadora de Lc.7, incluso con María de Betania. El imaginario cristiano la situó como la mujer arrepentida, que hizo mucha penitencia. La falta de reconocimiento a María Magdalena sin duda está ligada a la cultura machista de la época. Ella no podía ser enviada a realizar un anuncio; por el prejuicio hacia la mujer no sería escuchada. Además se han referido a ella, lo muestran los evangelios, como aquella de la que expulsaron siete demonios. ¿Qué pretenderían decir con «siete demonios»? No hay duda que con ello se rebaja su calidad de apóstol; probablemente muy difícil de asumir por parte de una Iglesia naciente. Ella misma está en proceso de encarnar el mensaje de Jesús de una manera nueva y en lucha con el peso religioso, social y con las tradiciones de su propia cultura.

III. Discipulado de la mujer en las primeras comunidades cristianas

3.1. Participación de la mujer en el misterio de la salvación. Intento de Comprensión

El discípulo/ la discípula busca al Señor de la Vida y se abre a la misión. Las mujeres se embarcaron en esta Misión anunciando la Buena Nueva de la Resurrección y contribuyeron al nacimiento de la fraternidad, de la Iglesia. La novedad del mensaje de Jesús fue cambiando la percepción que tenían de sí mismas y descubrieron poco a poco que tenían un espacio y una responsabilidad en la Misión de Jesús. Esto significa un completo cambio de perspectiva respecto del mundo judío.

Las mujeres que acompañaron y caminaron con Jesús, sin duda muchas más, fueron transformando su propia imagen, su valoración y descubriendo su lugar en la Historia de la Salvación. Tanto María Virgen como Isabel tienen un lugar privilegiado en esta Historia: Isabel, la estéril como puente entre el Antiguo y el Nuevo Testamento; y María de Nazaret, la «llena de Gracia», Madre del Salvador, del Hijo de Dios, hecho carne, hecho hombre.

La fe se construyó como un proceso vivido por aquellos y aquellas que convivieron con Jesús y los Evangelios son históricamente fruto y labranza de una experiencia de fe. Las mujeres como testigos de la resurrección de Jesús, están en la raíz de nuestra fe en Jesús Resucitado. Asimismo los relatos del envío del Espíritu Santo en Lucas y en Juan muestran que el Espíritu fue entregado a la humanidad, a hombres y mujeres.

María la Madre de Jesús, **es la primera mujer creyente** que hizo un largo recorrido acompañando la vida y misión del Hijo

y descubriendo la Voluntad de Dios como un proceso, sin duda con sufrimiento. «No entiendo cómo podrá ser esto». Busca sin entender cuál es esa misión en la que está empeñado el Hijo. Ella vive en la experiencia religiosa de los *anawin*, la religión judía del pequeño grupo. Esta mujer a quien su maternidad la hace «Llena de Gracia» es la primera mujer apóstol: acompaña a Jesús hasta la Cruz, vive la alegría y la luz nueva de la Resurrección y va aportando a la comunidad cristiana fortaleza, ternura materna y el amor del corazón de su Hijo. *El Magnificat* es la expresión de la fe madura de María, que asume su lugar de criatura, elegida por Dios para encarnar al Verbo, canta la continuidad de la historia de la salvación, el Dios comprometido con los pobres. María es un referente privilegiado para la mujer cristiana al redescubrir su lugar en la historia.

Es precioso el testimonio que da Hechos 1,12-14 del regreso del Monte de los Olivos inmediatamente después de la Ascensión de Jesús: «regresaron los apóstoles a Jerusalén subieron al piso alto de la casa donde estaban alojados (es probable el cenáculo)... Todos ellos se reunían siempre para orar con algunas mujeres, con María, la madre de Jesús y con sus hermanas» era la primera comunidad: hombres y mujeres unidos por la misma fe y amor al Resucitado.

La importancia de los relatos de los comienzos de la Iglesia bajo la acción del Espíritu Santo que hace Hechos «estriba en que los acontecimientos son un paradigma de lo que acontece en las diversas etapas de la vida de la Iglesia» (Fernández, 1995), así en la narración de la venida del Espíritu Santo sobre la comunidad reunida en el cenáculo, todos los creyentes se encontraban reunidos en un mismo lugar. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo.

El documento de Aparecida (2007 p.37) refiriéndose a los inicios de la Iglesia dice

que la vida de aquellos/as que se encontraron con Cristo adquirió una plenitud extraordinaria: la de haber sido enriquecida con el don del Padre. Vivieron la historia de su pueblo y de su tiempo y pasaron por los caminos del Imperio Romano, sin olvidar nunca el encuentro más importante y decisivo de su vida que los había llenado de luz, de fuerza y de esperanza: el encuentro con Jesús. Ellos fueron los testigos; hombres y mujeres que vivieron también de manera inmediata y cercana el encuentro con Jesús Resucitado. Esta descripción pinta vivamente a la mujer de la primitiva Iglesia: unas judías y otras vinculadas al Imperio, contagiando alegría, esperanza, sanando heridas y comunicando audacia y sabiduría.

La mujer discípula pasó también por la criba de la persecución desde los inicios. Hechos 8, 3 presenta a Saulo quien *«perseguía a la Iglesia cristiana de Jerusalén y entraba de casa en casa para sacar a rastras a hombres y mujeres y mandarlos a la cárcel»*. Cuando Herodes hizo matar a Santiago y arrestar a Pedro, los de la Iglesia de Jerusalén seguían reunidos/as en oración en casa de María, la madre de Juan llamado también Marcos.

3.2. Las mujeres asumen una presencia proactiva ante su fe

En la Iglesia naciente las mujeres tienen un papel significativo, que en algunos casos se les reconoce y en otros, no. Cuando se habla de ellas, su presencia es todo un símbolo, no sólo un anuncio verbal, sino que expresa el sentido hecho vida de la fe cristiana.

El espacio de las primeras comunidades cristianas se extiende por el Mediterráneo: Grecia, Roma, etc. Encontramos allí mujeres de clases acomodadas, libres, de familias influyentes, con poder y educadas; que alcanzaron un liderazgo en las comunidades cristianas, ampliando sus roles tra-

dicionales de esposa y madre a encargos más protagónicos en la evangelización. Los estudios nombran por ejemplo a Evodia y Síntique, nombres griegos, que pertenecían a familias de mercaderes en Filipo; y otras como Prisca y Febe.

Como las *«ekklesías»* eran las casas y en ellas *«se compartía el pan»*, así se articulaba la vida cristiana y eclesial con los ámbitos domésticos; por consiguiente se redefinieron los valores culturales, la dignidad y división de roles. La mujer presidía las reuniones, ella acogía a los hermanos y hermanas. Tenían un papel protagónico muy positivo. *«Ellas, -nos dice Elisa Estévez López- contribuyen en la creación y resignificación de símbolos y valores a partir de sus propias experiencias y de su implicación activa en el desarrollo de la vida comunitaria.»* (Ubieta ed., 2007, p. 64). Tanto que en el siglo II Celso se lamenta porque eso produjo fisura en la autoridad del paterfamilias.

Pablo silenció la aparición de Jesús a las mujeres, como bien lo hace notar Suzanne Tunc (1999). Vemos en 1 Cor 15, 4-5, que presenta sólo a Pedro en primer lugar, después a los Doce y luego a más de 5000 hermanos a la vez. Sin embargo Lucas, 24, 33 dice que Jesús se aparece a los Once y a sus compañeros. Es razonable que las mujeres integraron ese grupo al que Jesús se revela, pero no se les nombra. Recordemos que los evangelios escritos son a partir del año 70 y las mujeres fueron marginadas desde la primera generación apostólica. La superioridad masculina impedía aceptar como iguales a las mujeres. Sin embargo, sin lugar a dudas *«las mujeres debieron colaborar con los doce y otros discípulos en la formación de los Evangelios, evocando sus propios recuerdos antes de que los testimonios orales quedaran consignados por escrito»* (Tunc, 1999, p. 75).

Conocer con precisión la verdadera posición de las mujeres en las comunidades

primitivas es muy difícil, porque los textos que dan cuenta de ello (las cartas de los Apóstoles y los Hechos) son escritos por hombres con una orientación machista heredada de su cultura.

3.3. Algunas mujeres que destacan en Hechos de los Apóstoles y en Cartas de Pablo

Para este acápite se toma en cuenta a Hechos, las Cartas consideradas auténticas de Pablo: Romanos, 1ra y 2da Corintios (aunque parece haber interpolaciones posteriores como en I Cor 14, 34-37), Gálatas, Filipenses, I y II Tesalonicenses, Filemón; y la Didaché de los Padres Apostólicos.

En Hechos 9,36-42 se nos narra que había en Jope **una discípula llamada Tabita**, que en griego quiere decir dorcas.² Era rica en buenas obras y en limosnas. Por aquellos días enfermó y murió. Llamaron a Pedro que se encontraba en Lida, cerca de Jope, y la devolvió a la vida. Tabita es la discípula solidaria, preocupada por los pobres. A mediados del siglo I, Palestina sufre hambrunas que exponen seriamente la vida de la comunidad cristiana. Corral (1998) sostiene que cuando se dice «una cierta discípula» se está indicando su capacidad representativa; ella está encarnando la solidaridad, tiene ese perfil de acogida, calidez, por eso ella es necesaria para la comunidad creyente.

Pablo en Atenas no logra comunicar el mensaje como una Buena Nueva a los atenienses. Ellos se burlan cuando les habla de la Resurrección; tiene dificultades con el mundo pagano tal vez por su lenguaje más bien teológico. Debido a esto tiene que salir de Atenas. Pero dice Hechos 17, 33 que algunos lo siguieron y creyeron. Entre ellos Dionisio, que era miembro del Areópago y

también una mujer llamada **Damaris**. Mujer significativa, que representa para Pablo la esperanza, cuando está, sin duda, experimentando su debilidad. El momento en el que ella opta seguir a Jesús la singulariza; en el medio pagano hostil esta mujer abre el corazón a la fe en Jesús Resucitado. Y si la nombra Hechos es porque perseveró y fue una creyente fuerte y fiel en el mundo pagano, de lo contrario su nombre, su experiencia, no se hubiera consignado.

La mujer discípula ha recibido el don de la profecía y las **hijas de Felipe**, mujeres creyentes, son profetisas reconocidas por la comunidad. Pablo en Cesarea se hospeda en su casa. Hechos 21, 7 reconoce la acción vital del Espíritu en las primeras comunidades cristianas sin distinción de sexo. Así **Tecla** es también una mujer religiosa profetisa. La profecía es fundamental en la vida de la Iglesia naciente como en la actual. Ahora como antes conectada a la vida, a la caridad, a la libertad y a la manifestación de Dios actuando en el mundo.

«La profecía verdadera seguía viviendo en la Iglesia.» Hermas, Padre Apostólico fue reconocido como profeta; así mismo los Obispos Ignacio y Policarpo. Eusebio de Cesarea reconoce también este don en las hijas del Evangelista Felipe, en Melitón de Sardes y en una diaconisa Amia de Filadelfia. (Ruiz 2002 p. 60-61)

Con Ignacio de Antioquia (asesinado por Trajano en el 107) se jerarquizaron los ministerios, separando definitivamente clérigos (Obispo, sacerdotes, diáconos) y laicos. Se pone fin a las funciones «carismáticas y espontáneas, obras del Espíritu, sobre todo las de los profetas» (Tunc, 1998)

Hechos 18, 24-28 también nos habla de **Aquila y Priscila**, una pareja de espo-

² Del griego *δορκασ*, gacela.

sos maduros en el amor y la fe, a quienes Pablo conoció en Corinto. Apoyan en su formación a Apolo, judío natural de Alejandría quien llega a Efeso y enseña con el fuego de su juventud acerca de Jesús. La pareja de esposos «le explican exactamente acerca del camino de Jesús». Abiertamente se reconoce que Priscila muestra la solidez de su fe y la autoridad moral para testimoniarla como su esposo.

El mismo Pablo en su Carta a los Romanos (16, 3-5), con sencillez y gratitud, recomienda que saluden a Aquila y Priscila, «mis compañeros de trabajo en el servicio de Cristo Jesús». A ellos que arriesgaron su vida por salvarlo; y no sólo a ellos les da las gracias, sino a todos los hermanos de las iglesias judías. Cuando cesa la persecución, los esposos regresan a Roma y su hogar es una Iglesia doméstica en la que se vive la comunión y la ayuda fraterna. No dudan en exponer sus vidas para salvar a Pablo, probablemente en Efeso durante un motín de los orfebres o durante el cautiverio. Pablo pide también que saluden a la Iglesia que se reúne en la casa de Priscila, ellos «colaboradores suyos en Cristo Jesús», presiden una comunidad cristiana. La pareja de esposos vive el discipulado desde lo más auténtico del mensaje de Jesús: la caridad que se juega por los otros.

En los versículos 4-8 del capítulo 16 de la Carta a los Romanos, Pablo nombra a **María** que tanto ha trabajado por los hermanos, a **Trifena y Trifosa** (mujeres de Roma) que trabajan en la obra del Señor; y también a nuestra querida **Pérside** que ha participado intensamente en la obra del Señor (Rom. 16, 12). No hay duda que las mujeres habían comprendido el estilo y la misión de Jesús.

En Filipos (Macedonia), **Lidia** natural de Tiatira actúa como auténtica discípula libre de prejuicios, escucha la Palabra, que

comunican Pablo, Silas y Timoteo. Toda su familia es bautizada y ella los invita a su casa (Hechos 16, 13-15).

Pablo adulto, preparando su viaje a Jerusalén, nombra a **Febe** una mujer de origen pagano que ha sido el amparo de muchos, empezando por Pablo: «*Les recomiendo a nuestra hermana Febe, diaconisa en la Iglesia de Cencrea, (puerto cercano a Corinto) ... porque ha ayudado a muchos y también a mí mismo*» (Rom. 16.1). Teodora Corral, comentando este texto dice «*Febe ha sido patria y amparo para aquellos a quienes la fe cristiana ha desarraigado*». (1998, p. 110). Su diaconado fue de protección para los que eran **rechazados** por el nombre de Jesús. J. Alegre Aragón la llama «*diaconisa de la primera hora*» (2001, p. 41).

Junia, es también reconocida por Pablo como ilustre entre los apóstoles, «*saluden a Andrónico y Junia, mis parientes y compañeros de prisión, ilustres entre los apóstoles, que llegaron a Cristo antes que yo*»; porque se dedicó a anunciar a Cristo dando testimonio de su fe en Jesús (Rom. 16, 7). Hubo una discusión moderna acerca del nombre Junia, si era femenino o masculino, pero la Vulgata considera femenino y San Crisóstomo la reconoce como mujer, no sólo apóstol, sino además prominente entre ellos (Ubieta, 2007).

El rol y la presencia de la mujer en la misión también son reconocidos por Pablo en 1 Cor 9.2-6. Él reclama el derecho de ir acompañado por una mujer cristiana para comunicar el Evangelio: la incluye en la misión (según 1 Cor 7, 8, Pablo no tenía esposa). Este reclamo va junto a su declaración: ¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio! (1 Cor 9, 16).

No se les aplicó a las mujeres el nombre de discípulas, porque no existía en arameo una palabra para ello. Por eso, tampoco

co los evangelios griegos hablan de discípulas, aunque realmente lo fueron. Era tan nuevo el modelo que falta el lenguaje adecuado. El nombre de discípula (*maethetria*) aparecerá en el siglo II cuando se aplica a María Magdalena en el Evangelio Apócrifo de Pedro, 12. 50 (José A. Pagola 2007 p. 232).

IV. Nuevos paradigmas en la iglesia de los inicios

La Ekklesía³ que Jesús dio nacimiento fue una comunidad de hombres y mujeres reunidos ante Dios, algo que no existían en la tradición judía, (Reino de Dios). Fue desafiante por parte de Jesús considerar a las mujeres como integrantes del círculo de sus discípulos. Pero no sólo a ellas sino a los paganos. Jesús puso en crisis las costumbres, tradiciones y prácticas que oprimían a la mujer, introduciendo nuevas relaciones, aunque no puede suprimir el carácter patriarcal de su sociedad. Es evidente que no distingue deberes de hombres por un lado y de mujeres por otro, habla para unos y otros por igual. Pablo acogió este deseo de Jesús y lo amplió (Gal. 3,26-29) proclamando que en este nuevo pueblo no era la circuncisión la señal de pertenencia, se trataba de una nueva manera de comunidad igualitaria, en la que incluso los esclavos tenían su lugar.

Así surge un nuevo tipo de familia donde no hay varón dominador, amo, que impone, todos son seguidores. Desde esta clave tenemos también que leer la Mateo 23,8-11: «*Vosotros no os dejéis llamar 'Rabí', porque uno solo es vuestro maestro*». En la práctica se relacionan parejas de misioneros que trabajan en plano de igualdad como Aquila y Priscila que fundaron una Ekklesía en su casa, también Andrónico y Junia.

Las primeras comunidades vivían la experiencia de una nueva creación, la cual implicaba igualdad de género. Para ellos el reino de Dios ya estaba presente, nuevos valores iban surgiendo con el poder del Espíritu de Cristo Resucitado que los animaba a todos. Esta experiencia influyó en todas las maneras de vivir de los primeros cristianos, en sus relaciones sociales y económicas en medio de los judíos y paganos. Sin duda lo más notorio fue la participación de la mujer. Se trataba de una comunidad de iguales, que descartaba las estructuras patriarcales a la manera de Ef 14-15, derribadas las barreras de separación, aboliendo las enemistades, naciendo una nueva humanidad, haciendo la paz.

Las Ekklesías eran Iglesia-hogar presididas por mujeres-Ministros, no existía la jerarquización, era más evidente el rol ministerial desempeñado por las mujeres, reemplazando en algunos casos al mismo Pablo. Tanto era así que Celso se lamentó alguna vez porque decaía la autoridad del pater familias. En estas nuevas comunidades hombre y mujer, esposa y esposo tenían un rol ministerial.

Realmente nuevas categorías sociales reemplazaban a las antiguas verticalistas en estas comunidades cristianas, más cercanas a lo que Jesús había enseñado y actuado (Driver, 2007).

V. Discipulado que desde la fecundidad del silencio encarna la fe en la vida

Creo conveniente iniciar este Capítulo presentando el pensamiento de Juan Pablo II en su carta Apostólica de 1988 *Mulieris Dignitatem*: «*En la Historia de la Iglesia, desde los primeros tiempos, había junto a los hombres,*

³ Literalmente significa 'asamblea del pueblo', al mismo tiempo designa 'reunión' y el lugar donde ésta se realiza.

numerosas mujeres... vemos en primer lugar a aquellas mujeres que personalmente se habían encontrado con Cristo y le habían seguido, y después de su partida «eran asiduas a la oración» juntamente con los Apóstoles en el cenáculo de Jerusalén hasta el día de Pentecostés. Aquel día, el Espíritu Santo habló por medio de «hijos e hijas» del pueblo de Dios cumpliéndose así el anuncio del profeta Joel Act.2, 17 Aquellas mujeres y después otras, tuvieron una parte activa e importante en la vida de la Iglesia primitiva, en la edificación de la primera comunidad desde los cimientos- así como de las comunidades sucesivas- mediante los propios carismas y con su servicio multiforme» (p.105-106).

Este es un reconocimiento de Juan Pablo II sumamente importante, pero no hay que olvidar, que la historia ha sido escrita por hombres en una perspectiva sesgada.

Es un texto preciso que reconoce la acción inclusiva, fraterna y de complementariedad de dones y carismas para el servicio a la misión. Suzanne Tunc, citando a A.G. Martimort nos dice que en el Oriente aparecen las diaconisas, ellas ayudaban al Obispo en el Bautismo de mujeres y para ir a instruir a mujeres en los gineceos donde los varones no podían entrar, Aducen que nuestro Señor también fue asistido por mujeres y así ellas reciben una verdadera ordenación, forman parte del clero y subsisten en Oriente hasta los siglos VI-VII.⁴

Algo muy difícil para Israel como reconocerle valor al extranjero, por considerarlo pagano, lo hace la Iglesia de los inicios a ejemplo de Jesús, al asumir la tarea de ir construyendo con los pueblos paganos la fraternidad, la Iglesia. Las mujeres tienen un papel significativo, callado, austero, en esta apertura como es el caso de Febe, cita-

da anteriormente. Como nos dice el Cardenal Martini (2008) Dios está más allá de los límites que nosotros le ponemos, es verdad que necesitamos delimitaciones, pero no debemos confundirlas con Dios, cuyo corazón siempre es más amplio, más intenso y de infinita fidelidad.

Igualmente la sensibilidad hacia el sufrimiento, hacia los débiles y pobres, referente privilegiado del mensaje de Jesús, las mujeres neotestamentarias la practican con solicitud, perseverancia y valentía, pero no siempre visibles. Su interioridad, su silencio que contiene su dolor, su cansancio y su fuerza que realimentan a la vez, les favorece la dación de su amor y acompañamiento a otras mujeres y hombres en el nuevo camino. Asimismo la liberación del miedo es una tarea de evangelización, y ellas viven esta libertad y profetismo de los inicios.

Creo que podemos afirmar que la mujer de las primeras comunidades cristianas va caminando todos los recorridos que hicieron los apóstoles, sufriendo carencias, dando acogida, delicadeza, cariño y alegría fruto de la acción del Espíritu; fortaleciendo las rodillas débiles, alentando a los desanimados, tendiendo la mano y la palabra oportuna. La mujer hace misión, es evangelizadora con un aporte peculiar, femenino, irremplazable. Varias de ellas han podido dar testimonio directo de Jesús Resucitado.

La carismática, martirial y fecunda etapa de la primera evangelización realizada por la mujer, duró poco y estuvo marcada por las tensiones, no sólo entre cristianos, entre cristianos y paganos o judíos, sino entre mujeres y varones por encuentros y desencuentros de paradigmas cultu-

⁴ El Concilio de Nimes a finales del S. IV, incluso llegaba a inquietarse por las numerosas ordenaciones de mujeres para el ministerio presbiteral (Tunc, 1999).

rales. La patriarcalización empieza en el siglo II y se cristaliza en el siglo IV cuando el cristianismo se convierte en religión oficial y Jesús en el *Pantocrator* que reina sobre una sociedad nueva. Pero la Iglesia comunión ha continuado sostenida también por la mujer, por su perseverancia y resiliencia espiritual silenciosa, fruto de una fe cálida, amorosa y valiente.

5.1. ¿Por qué empieza a desaparecer el rol ministerial de la mujer cristiana?

Se pueden señalar fundamentalmente los paradigmas culturales. En los inicios la gran comunidad cristiana estaba integrada por judíos, en cuya tradición no se podía reconocer a la mujer. Sólo el varón por la circuncisión legitimaba su pertenencia al Pueblo de Israel. Y también había griegos para quienes la mujer era la matrona en el hogar, ése era su espacio.

Santiago, «hermano del Señor» que no había sido discípulo de Jesús, ni favorable a las mujeres, dirigió la comunidad de Jerusalén, ante los viajes de Pedro y los Doce, y la comunidad tomó el estilo de la sinagoga con «ancianos» (presbíteros) como en los tiempos de Jesús, entonces era evidente que las mujeres no podían formar parte de los notables. Sólo la Iglesia de Antioquia se organizó de manera diferente, los dirigentes eran profetas y doctores, allí se habla de ministros, no hay «ordenación». La Iglesia de Corinto sí aparece plenamente constituida con ministerios, ocupados en algunos casos por mujeres, allí se organizaban de acuerdo a las necesidades.

5.2. Varios argumentos limitan el protagonismo eclesial de la mujer

Se enfatizó en la mujer, desde la anti-güedad, el rol de la maternidad, ateniéndose al Génesis, En realidad este rol no es

reduccionista. Dios dio al hombre y a la mujer el don de la fecundidad, al crearlos a su imagen y semejanza. Si es verdad que la maternidad es lo que mejor caracteriza bíblicamente y teológicamente a la mujer, eso no significa solamente tener hijos, ella es madre a lo largo de su vida, desarrolle la profesión que sea. En todas partes donde ayuda al hombre es madre. Su maternidad no quiere decir sometimiento.

Edith Stein relaciona esta dignificación de la maternidad con el hecho de que el Hijo de Dios se hizo hombre por obra de su madre, pero no de padre terreno. Una mujer dio su colaboración para la fundación del Reino de Dios. Interpretó, además que la relación de dominio surgió justamente después de la caída, rompiéndose la armonía y complementariedad. El Señor anunció, sin lugar a equívocos que el nuevo Reino de Dios comportaba un restablecimiento de las relaciones entre los dos sexos, eliminando relaciones condicionadas por el pecado y las que se oponían al orden de la creación. (Mt. 19, 1-12 y Mc. 10, 1-12).

Algunos argumentos son sacados de afirmaciones fruto de las costumbres y no de las enseñanzas de Jesús. Pablo, el Apóstol que justamente valoró explícitamente la labor ministerial de la mujer se deja llevar en algunos momentos por las costumbres de su tiempo. Uno de los textos más polémicos donde Pablo habla de la relación hombre-mujer 1 Cor. 11, 3-12 dice que la cabeza de la mujer es el hombre y la cabeza de Cristo es Dios... toda la mujer que ora y profetiza con la cabeza descubierta, afrenta a su cabeza, es como si estuviera rapada... y si esto la afrenta que se cubra.

Respecto a que el hombre ha sido creado primero y por tanto le corresponde la dirección de esa comunidad de amor, da la impresión de ser una interpretación que no se corresponde plenamente con el orden

de la creación o el de la redención, sino que parece influenciado por el orden de la naturaleza caída puesto que propone dominio y sumisión. Ni el relato de la creación, ni el Evangelio conocen esta función mediadora del hombre entre la mujer y Dios.

Por otro lado el mismo Apóstol conoce otro orden, dice en 1 Cor 7, 14: «Pues se santifica el marido infiel por la mujer» y más adelante: «Qué sabes tú mujer si salvarás a tu marido» (1 Cor 7, 16)... y quien se santifica por la unión con Cristo, sea hombre o mujer, está llamado a ser mediador.

En cuanto a «cubrirse la cabeza», en el texto «lo divino y temporal están mezclados». El modo de vestir y de peinarse es de costumbres, el modo de arreglarse las mujeres era obligatorio en aquella comunidad fundada por Pablo, pero no quiere decir para todas las comunidades. (Corral, 1998, p. 158).

Otro párrafo difícil es el de Efesios 5, 22-33: *Sean sumisas a sus maridos como el Señor, porque el marido es cabeza de la mujer como Cristo es cabeza de la Iglesia, el Salvador el cuerpo*. El texto es una simbología del matrimonio. Lo central del texto es que la comunidad matrimonial tiene que estar sujeta a Cristo. El Señor solo ha subrayado, en las palabras del Génesis la indisolubilidad del matrimonio y la unión de los dos en una sola carne. Se entiende que Pablo explica cómo hay que entender esa unión.

Se trata de una relación simbólica la comparación entre Cristo y la Iglesia. Cristo es nuestra cabeza, su vida fluye en todos y cada uno, porque somos libres y racionales, unidos a él por el amor. Nuestras atribuciones dependen de los dones que cada uno ha recibido, para alcanzar la plenitud de la salvación y de la filiación divina.

El hombre cabeza de la mujer a la manera de Cristo. En realidad los dones los da Cristo, lo que puede ayudar el hombre es a que éstos se desplieguen y a completar sus propios límites con la complementariedad de la mujer.

Dice el texto de Timoteo 2,9-15: *Las mujeres debe estar vestidas decorosamente y además que se callen*. También ha influido negativamente en el trato eclesial a la mujer. Se considera interpolación elaborada por algún discípulo de Pablo, porque habla más como judío formado en el espíritu de la ley. Lo que aquí se dice y aparece opuesto a ciertos abusos de las comunidades griegas, no puede considerarse como el principio absoluto que determine cuál es la relación entre los dos sexos... Es demasiado contrario a cuanto Jesús dijo, hizo y ha demostrado con su acción redentora que es la misma para los varones como por las mujeres. Incluso es contrario a cuanto expresa Pablo en Gal 3, 24-28: *«Ya no hay judío, ni griego; no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús»*.

5.3. Exégesis incorrecta de algunas frases paulinas polémicas

Cuando Pablo escribió el texto acerca de que la cabeza de todo varón es Cristo y la cabeza de la mujer, el varón 1 Cor. 11, 3, y después la necesidad del velo para orar, el autor había empleado la palabra *exousía* (autoridad)⁵, pero fue traducida por «dependencia de» o «sujeción» que conlleva una interpretación absolutamente diferente y lesiva para la mujer. Margarita Muñiz, Licenciada en filosofía y letras, dice que el texto ha sido desfigurado porque desde el primer momento se ha examinado a través de la interpretación dogmática, por ello el análisis lingüístico debe preceder a la interpretación teológica. La palabra *Kefalé* era usada

⁵ Significa 'poder' en el sentido de potestad dada a alguien, en otra acepción, abundancia.

en el mundo secular y religioso griego con el significado de fuente u origen y no con el de gobernante. Este hecho lo confirma la traducción al griego del texto hebreo del AT, conocida como *septuaginta*. La palabra hebrea para cabeza «ros» comúnmente usada para líder o gobernante, es traducida al griego por otra palabra diferente a 'kefalé'. En el Nuevo Testamento, en general se usa la palabra 'arché' (principio, comienzo o 'hegemon' (director, guía, causante) y sus derivados. Para hablar del «cabeza de familia» se usa la palabra 'oikodespotes'. Pablo en Timoteo 5, 14 aplica el término «gobierno» a las viudas jóvenes, por lo tanto no es exclusivo de los hombres.

De las interpretaciones incorrectas surgieron afirmaciones lesivas a la mujer como la de Graciano en el siglo XII: «la mujer no puede recibir órdenes sagradas, porque por su naturaleza se encuentra en condiciones de servidumbre»; o la de Santo Tomás de Aquino (siglo XII) «como el sexo femenino no puede significar ninguna eminencia de grado, porque la mujer tiene un sentido de sujeción, por eso no puede recibir el sacramento del Orden». Hoy algunos siguen pensando igual en este aspecto. Se asume la teología escolástica medieval que adoptó la antropología aristotélica en la que se define a la mujer como «hombre defectuosos».

San Agustín, al que refuerza Santo Tomás, en el fondo declara que la mujer sólo posee la imagen de Dios cuando la recibe del hombre que es «su cabeza», por supuesto no es antropología y acentúa el carácter androcéntrico de la cristología y de la ecle-siología.

A MODO DE CONCLUSIÓN: FALTA UN LIDERAZGO MÁS FEMENINO.

Las mujeres que siguieron a Jesús, quiénes mejor que ellas, vivieron la experiencia de un discipulado tal como el documento de Aparecida lo reconoce en un Con-

tinente donde la mujer es portadora de la fe, amor entrañable a Jesús y practica la misericordia: «El discípulo sigue a Jesús con la finalidad de 'ser de él', formar parte de los suyos» y participar de su misión. El discípulo experimenta que la vinculación íntima con Jesús en el grupo de los suyos es participación de la Vida salida de las entrañas del Padre, es formarse para asumir su mismo estilo de vida y sus mismas motivaciones (Lc.6, 40b) correr su misma suerte y hacerse cargo de su misión de hacer nuevas todas las cosas. (Aparecida 2007.p.88-89)

Somos Iglesia, comunidad de hombres y mujeres, en una nueva época, con criterios más amplios, con una visión del mundo más igualitaria, con nuevos espacios que la mujer ocupa con eficiencia y conciencia de su aporte. Con una misión e identidad de comunión, de justicia, de compasión. Llamados hombres y mujeres a encarnar el amor de Dios en la vida de las personas, a humanizar el mundo; pero aún hay muchas situaciones que después de 2009 años de cristianismo todavía mantienen a la mujer en la opresión, subestimación y marginación.

La mujer tiene hoy que continuar con persistencia, cultivando una espiritualidad de libertad radical al estilo de Jesús, ser espiritualmente madura. Ahondar la relación personal con Jesús. Prepararse en Biblia y Teología. Mantener el contacto con la realidad donde Dios se revela creador de cosas nuevas. Poner mucha atención a lo que sucede en el mundo con sus amenazas, desafíos y demandas. Implicarse con otras y otros en la tarea de abrir espacios a la verdad, a la justicia, superando las actitudes de competencia, imposición y dominio imperantes en la sociedad.

Vivir hoy su identidad de discípula de Jesús es ir más allá de un rol ministerial, decididamente reducido para el anuncio del

Reino. Participante del único sacerdocio de Cristo, tiene que hacer Iglesia donde está. Fiel a su ser femenino, ir dando un rostro humano a relaciones y a la manera de vivir su profesión, comunicando gozo y esperanza, recreados desde el mismo dolor, cansancio o aparente sin sentido que encuentre en el mundo.

Es bueno, justo y saludable no sólo conocer lo que Juan Pablo II expresa acerca de la mujer, sino apropiarnos de su exigencia, explicitar y encarnar en la vida diaria su reconocimiento y sentido en la creación, en la dignificación permanente de la humanidad: *La actitud de Jesús en relación con las mujeres que se encuentran con él a lo largo del camino de su servicio mesiánico, es el reflejo del designio eterno de Dios que, al crear a cada una de ellas, la elige y la ama en Cristo (cf. Ef 1, 1-5). Por esto, cada mujer es la «única criatura en la tierra que Dios ha amado por sí misma», cada una hereda también desde el «principio» la dignidad de persona precisamente como mujer. Jesús de Nazaret confirma esta dignidad, la recuerda, la renueva y hace de ella un contenido del Evangelio y de la redención, para lo cual fue enviado al mundo. Es necesario, por consiguiente, introducir en la dimensión del misterio pascual cada palabra y cada gesto de Cristo respecto a la mujer. De esta manera todo tiene su plena explicación.* (Mulieris Dignitatem., p.56)

REFERENCIAS

- Alegre, J. (2001). *Personajes del Nuevo Testamento*. Navarra: Verbo Divino
- Cardenal Martini, C.M. (2008). *Coloquios nocturnos en Jerusalén*. Madrid: S. Pablo
- Cases, E. (2004). *Mujeres Valientes. Meditaciones sobre las Mujeres en el Evangelio*. Pamplona: EUNSA.
- Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. (2007). *Apacrecida. Documento Final*. Lima: Paulinas.
- Corral, T. y Aizpurúa, F. (1998). *Con Ojos de Mujer*. Madrid: Editorial CCS.
- Fernández, D. (1995). «Ministerios de la mujer en el Nuevo Testamento», en *Proyección*, N° 179. p 287-302
- Juan Pablo II. (1988). *Mulieris Dignitatem*. Lima: Editorial Salesiana.
- Navarro, Mercedes (1998). *10 Mujeres escriben Teología*. Navarra: Verbo Divino.
- Pagola, J. A. (2007). *Jesús. Aproximación histórica*. Madrid: PPC.
- Quinzá, X. (2002). *Desde la Zarza. Para una mistagogía del deseo*. Bilbao: Descleé De Brouwer.
- Ruiz, D. (2002). *Padres Apostólicos y Apologístas Griegos*. (S.II). Madrid: BAC.
- Sancho, F. (2001). *La Biblia con ojos de mujer*. Burgos: Monte Carmelo.
- Sociedades Bíblicas Unidas. (2005). *La Biblia de Estudio. Dios Habla Hoy*. Brasilia: SBU.
- Tunc, S. (1999). *También las Mujeres seguían a Jesús*. Bilbao: Sal Terrae.
- Ubieta, C. (ed). (2007). *Mujeres con Autoridad en el Cristianismo antiguo*. Navarra: Verbo Divino.
- Valverde, J. (1993). *La Mujer en la Biblia. Guiones de Trabajo*. Lima: La Buena Noticia a los Pobres.